FLACSO
CHILE
Biblioteca

F234d
D.T. 354
c.1.

DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 354, Octubre 1987.

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO
12.615.-

783

DETERMINANTES DE LA HOSTILIDAD AL MULTIPARTIDISMO EN EL PUBLICO MASIVO CHILENO.

Angel Flisfisch

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

El trabajo presenta un análisis empírico del fenómeno de la hostilidad al multipartidismo en Chile. Esa hostilidad implica un desajuste entre la realidad presente y, previsiblemente, futura del sistema de partidos, y las orientaciones políticas del público masivo. Se ha logrado identificar tres fuentes plausibles de esa hostilidad: a) La difusión del discurso autoritario antipolítico; b) El rechazo a la complejidad del multipartidismo que producen los bajos niveles de educación formal; c) El rechazo a esa misma complejidad proveniente de bajos niveles de sofisticación política. Se concluye con una discusión sobre las posibilidades de atenuación o supervivencia de esa hostilidad en el evento de una redemocratización, atendiendo a cada uno de esos orígenes del fenómeno.

I. INTRODUCCION

El número de partidos estables existentes en una sociedad nacional es sin duda uno de los rasgos centrales de su sistema político. Se trata de una variable que determina en gran medida el carácter específico de los procesos políticos y la calidad del desempeño del sistema político a través del tiempo. Por consiguiente, no es gratuito que el número de partidos sea el principio constitutivo de las taxonomías de sistemas de partidos usualmente aceptadas, y que una parte considerable de la literatura politológica verse sobre las ventajas y desventajas comparativas de los diversos tipos de esos sistemas y de las instituciones que se asocian a ellos.

En términos de la polémica política cotidiana en el Chile autoritario contemporáneo, además del cuestionamiento permanente del desempeño de los partidos existentes y aún del sistema de partidos en cuanto institución, uno de los temas recurrentes en diarios, revistas y entrevistas a figuras políticas es el del excesivo número de partidos existentes. Por lo general, es difícil encontrar defensas del multipartidismo o pluripartidismo que caracteriza la actual situación, que transparenten una sólida convicción respecto de la causa que se defiende y una clara seguridad en los argumentos que se invocan. Mucho más fácil es dar con

propuestas o expresiones de deseos que apuntan a una drástica reducción del multipartidismo existente, llegándose en ciertos casos a abogar por la construcción de un bipartidismo, posición que parece ser la del programa político autoritario.

Este clima hostil al multipartidismo es paradójico si se considera que históricamente el sistema de partidos chilenos ha sido acentuadamente multipartidista, y que cualquier previsión razonable sobre su evolución futura no puede sino pronosticar la continuidad futura de ese rasgo.

No obstante, por paradójico y poco realista que ello sea, ese clima parece ser compartido por una proporción importante del público masivo. En una encuesta realizada entre noviembre y diciembre de 1985 en el Santiago metropolitano(1), se preguntó a cada encuestado su opinión sobre cuántos partidos políticos debería haber en Chile, dándole como opciones de respuesta precisamente las cinco que se indican en el Cuadro I.

Los resultados presentados en ese cuadro configuran ciertamente un pronunciado clima de hostilidad al multipartidismo tal como existe hoy en Chile. Si se agregan las tres primeras categorías de respuestas, esta es, desde

aquéllos que opinan que no debería haber ningún partido hasta los que prefieren un bipartidismo, aproximadamente un 55% de los encuestados quedan comprendidos en esa situación. Adicionalmente, hay que considerar que el 30% que opina que debería haber de tres a cinco partidos no está expresando una actitud rotundamente positiva, exenta de ambiguedades, frente al pluripartidismo como se lo ha conocido en Chile. Tradicionalmente, el sistema de partidos ha contado con más de cinco partidos, hoy en día cuenta con un número bastante superior a cinco, y parece difícil que evoluciones futuras disminuyan ese número a cinco.

¿Cómo explicar el grado de difusión que ha alcanzado esta actitud de hostilidad al multipartidismo, en un contexto caracterizado justamente por un multipartidismo duradero?

Además de su interés teórico, la búsqueda de explicaciones para ese fenómeno posee también connotaciones más prácticas. En efecto, aquí se está en presencia de un nítido desajuste o falta de correspondencia entre el tipo de orientaciones políticas que predominan en el público masivo y ciertas características básicas del modo de estructuración de la vida política. El problema reside en lograr alguna estimación de la importancia de ese desajuste, en términos de sus posibles efectos globales o macro efectos, y ello exige

investigar cómo se ha llegado a producir esa falta de correspondencia, por lo menos identificando algunas hipótesis plausibles provistas de sustentación empírica.

Cuadro I

Distribución porcentual de respuestas a la pregunta: En su opinión, ¿cuántos partidos políticos debería haber en nuestro país?

Ningún partido	12.2 (73)
Un partido único	14.7 (88)
Sólo dos grandes partidos	29.8 (179)
De tres a cinco partidos	30.2 (181)
Muchos partidos	9.5 (57)
NS/NR	3.6 (22)
Total	100.0 (600)

II. LA HOSTILIDAD AL MULTIPARTIDISMO COMO EFECTO DEL DISCURSO POLITICO AUTORITARIO

Una interpretación obvia de los resultados exhibidos en el Cuadro I es que ellos son el producto del lenguaje autoritario antipolítico y la consiguiente difusión sistemática de contenidos que desvalorizan radicalmente a los partidos, las actividades partidistas y el sistema de partidos tal como existía hacia 1973.

De acuerdo a esta hipótesis, la hostildad al multipartidismo sería sólo una expresión más de la internalización por una proporción importante del público masivo de orientaciones antipolíticas, contrarias a los partidos y a la idea de un rol protagónico de ellos en la vida política.

Si bien es imposible investigar la existencia de conexiones causales directas entre el discurso autoritario y su difusión, por una parte, y las orientaciones políticas existentes en individuos por otra parte, lo que sí se puede hacer es inferir, a partir de la proposición general que afirma la existencia de esas conexiones, proposiciones más específicas que sean empíricamente contrastables y cuya corroboración otorgue plausibilidad a la interpretación

general.

Una de esas proposiciones más específicas es la que dice que el efecto de la difusión de contenidos autoritarios antipolíticos es mayor a medida que la relación entre la persona y el régimen autoritario es más positiva. En general, se puede suponer que la probabilidad de aceptar e internalizar orientaciones es más alta cuando la relación que la persona establece entre ella y el emisor es positiva.

En la encuesta ya mencionada, se pidió a cada encuestado que se ubicara o mostrara su posición en un termómetro político de izquierda a derecha, numerado de 1 a 100, representando el 1 la izquierda y el 100 la derecha. Diversos análisis hechos con datos provenientes de esa encuesta y otras ulteriores comprueban que la posición de las personas en ese termómetro político es un buen indicador del tipo de relación que establece o siente entre ella y el régimen autoritario, en términos por lo demás obvios: negativa en las posiciones de izquierda, positiva en las de derecha, y relativamente ambiguas en las de centro.

De esta manera, partiendo de la premisa de que la hostilidad al pluripartidismo es un efecto de la internalización del lenguaje autoritario, y que esa

internalización es mucho más probable entre quienes sienten una relación positiva con el régimen autoritario, cabe hipotetizar que esa hostilidad se presentará más acentuada entre quienes se ubican en posiciones de derecha, se debilitará en el caso de las posiciones de izquierda, y exhibirá una magnitud intermedia en las posiciones de centro.

Los resultados presentados en el Cuadro II confirman esa predicción. La proporción de quienes favorecen el multipartidismo en el grupo de izquierda y centroizquierda, además de ser mayoritaria al interior de ese grupo, es 1.2 veces mayor que esa misma proporción en el grupo de centro, y 1.8 veces mayor que la proporción correspondiente en el grupo de centroderecha y derecha. Adicionalmente, la proporción que favorece la opción más claramente antipartidista (la inexistencia de partidos o la existencia de un solo partido) es sensiblemente más elevada en ese último grupo.

Por otra parte, esos mismos resultados permiten rechazar otra interpretación posible del fenómeno de la hostilidad al multipartidismo.

En efecto, se puede ver el origen de ese fenómeno en una percepción generalizada de hipotéticos efectos negativos de un excesivo número de partidos, que afectan importantemente

el logro y aceleración de un proceso de transición a la democracia.

Pero si la hostilidad al multipartidismo es otra faceta más de un disgusto considerablemente difundido con el desempeño de los partidos como agentes de la transición -desempeño que en la percepción de los públicos masivos estaría determinado principalmente por la proliferación de organizaciones políticas-, entonces esa hostilidad tendría que mostrarse más acentuadamente entre quienes sienten una relación negativa con el régimen autoritario y guardan una relación claramente positiva con la posibilidad de una transición. En otras palabras, esta interpretación implica una predicción exactamente contraria a la que atribuye esa hostilidad a efectos del discurso autoritario, y los resultados del Cuadro II no corroboran esa predicción contraria.

En la medida en que la hostilidad al pluripartidismo está determinada por la difusión sistemática de contenidos antipartidistas, su duración está asociada a la permanencia de un contexto autoritario que es tanto la condición de esa difusión, como el supuesto de que determinados grupos establezcan una relación peculiar con ese contexto que los hace particularmente vulnerables a esos contenidos.

Cuadro II

Distribución porcentual de respuestas a pregunta sobre número deseable de partidos según ubicación en termómetro de Izquierda-Derecha

	Ubicación en termómetro de Izquierda-Derecha		
	Izquierda-Centro-izquierda (1 - 49)	Centro (50)	Derecha-Centro-derecha (51-100)
En su opinión, ¿cuántos partidos políticos debería haber en nuestro país?			
Ninguno o uno	19.4 (35)	21.8 (38)	37.8 (68)
Dos partidos	25.6 (46)	33.3 (58)	32.2 (58)
Tres a cinco, o muchos	55.0 (99)	44.9 (78)	30.0 (54)
Total	100.0 (180)	100.0 (174)	100.0 (180)

NS/NR en pregunta sobre número de partidos, en termómetro, o en ambas = 66.

Si ese contexto se transforma y da lugar a una situación democrática donde los grupos de centroderecha y derecha pasan a definir relaciones positivas con otros emisores -específicamente, partidos que los representan y que están integrados a una competición interpartidista abierta-, cuyos lenguajes políticos por lo menos no favorecen contenidos genéricos antipartidistas, en ese caso cabría esperar una atenuación progresiva de la hostilidad al multipartidismo en los grupos que contribuyen mayormente a la existencia de esa actitud. Ciertamente, hay que admitir en este punto la operación altamente probable de rezagos e inercias, pero a la larga la falta de correspondencia entre una realidad acentuadamente pluripartidista y un predominio de orientaciones subjetivas hostiles a ella se zanjaría a través de un cambio en las subjetividades masivas, en un sentido favorable al multipartidismo.

No obstante, semejante conjetura descansa en la premisa de que la actitud examinada tiene como único origen, o por lo menos como origen principal, el contexto autoritario. Es posible que hayan otros factores, distintos del contexto autoritario y quizás más duraderos, que contribuyan a la existencia de esa actitud. Esa posibilidad, cuya efectividad modificaría la conjetura recién avanzada, es la que se explora a continuación.

III. LA HOSTILIDAD AL MULTIPARTIDISMO Y LA INTOLERANCIA A LA COMPLEJIDAD: EL EFECTO DE LA EDUCACION

Hay indicios de que una actitud generalizada, hostil al multipartidismo, puede existir en contextos democráticos, donde la diseminación de contenidos radicalmente antipolíticos, análogos a los que caracterizan al lenguaje autoritario en Chile, es secundaria.

En 1958 y 1967, P.E. Converse y R. Pierce(2) realizaron encuestas a muestras nacionales del electorado francés, y en ambos años se preguntó a los encuestados tanto que opinaban sobre el número de partidos existentes en Francia -si era excesivo, o muy pequeño, o era el adecuado-, como por sus preferencias acerca del número ideal u óptimo de partidos para Francia.

Los resultados analizados por Converse y Pierce muestran la acción clara de condiciones situacionales o coyunturales en el tipo de juicio sobre esta materia que predomina en el público masivo.

En 1958, afirman los autores citados, el colapso de la Cuarta República había provocado en el público una particular impaciencia con las complejidades bizantinas de las maniobras

multipartidistas en la Asamblea Nacional, que con mucha frecuencia inmovilizaban al gobierno pese a la necesidad de adoptar acciones rápidas. Por consiguiente, no es sorprendente que este descontento se expresara en reacciones populares negativas al número de partidos existentes. Sin embargo, para Converse y Pierce el carácter masivo de esta reacción es aún así impresionante(3):

> Menos del 3% de los votantes franceses opinaron que el número de partidos era adecuado, y un 0.5% que era muy limitado. Más del 97%...indicó que existían demasiados partidos.

En 1967, la situación había cambiado. Por una parte, el desarrollo de un ejecutivo fuerte bajo la Quinta República había desviado en algo las iras del público respecto de los partidos mismos. Por otra parte, la expansión de la Unión para la Nueva República a más de un 30% del voto, con el Partido Comunista permaneciendo por lo general por sobre el 20%, implicaba una concentración de más de la mitad de los sufragios en dos partidos principales, un hecho que debe haber disminuído la sensibilidad pública a la proliferación de partidos. Sin embargo, el disgusto con el número de partidos no había desaparecido en 1967(4):

> (La) insatisfacción con el puro tamaño del sistema de partidos se mantuvo en niveles que,

> en términos de cualquier estándar absoluto, hay que considerar como altos. En 1967, casi un 80% de los votantes franceses continuaban sintiendo que el sistema de partidos era más numeroso que lo debido.

Tomando en cuenta tanto estos resultados, como la distribución de las respuestas en 1958 y en 1967 sobre el número óptimo o ideal de partidos, Converse y Pierce concluyen que(5):

> (Hay) evidencia sobre alguna percepción de que el sistema de partidos se simplificó a través de la década, como probablemente lo hizo en términos de la concentración del voto popular en unos pocos partidos grandes. Sin embargo, pese a esta tendencia a la simplificación y concentración, el electorado francés continuó quejándose masivamente acerca de la proliferación de partidos.

Esta persistencia de la hostilidad al multipartidismo francés de la época, no obstante la atenuación en el transcurso de la década de las condiciones situacionales que podrían explicarla en 1958, tiene principalmente dos orígenes. Por una parte, ella es mucho más fuerte en las personas cuyo grado de involucramiento en la política, o cercanía a la política, es más bajo(6):

> En otras palabras, los ciudadanos psicológicamente más remotos respecto del sistema de partidos deseaban simplificarlo más drásticamente. Esta proposición se puede

> extender: hablando en general, era la gente menos involucrada en el seguimiento de la política la que mostraba una visión del sistema francés ideal caracterizado por el menor número de partidos.

Por otra parte, el número promedio óptimo o ideal de partidos aumenta regularmente a medida que se transita desde las categorías menos educadas a las más educadas. Puesto de otra manera, se observa una aceptación progresiva de un sistema de partidos más complejo a medida que la educación formal aumenta(7).

La interpretación que Converse y Pierce ofrecen para dar cuenta del por qué de estas relaciones entre hostilidad al multipartidismo, por un lado, y educación formal e involucramiento en política por el otro, es convincente(8):

> En términos de teoría democrática normativa clásica, no hay nada de malo con (la) proliferación de partidos. Si existe una configuración de posiciones sobre cuestiones públicas que es defendible y que no está bien representada por ningún partido existente, es un servicio público proveer ese paquete de opciones a través de un partido reconocible...Lo que esa formulación olvida...es el hecho empírico de que pocos miembros de un electorado nacional encuentran gratificaciones en gastar tiempo siguiendo los matices más finos de la competición política entre élites...(La proliferación de partidos) tiende a crear un sentimiento de confusión y complejidad innecesaria en una gran parte del electorado, que estaría bastante más satisfecho con un

conjunto más limitado de opciones gruesas.

De manera general, se puede afirmar que mientras mayor es el número de partidos que componen un sistema, más complejo es el sistema en su operación, y mayor es la complejidad con que se presenta ante las percepciones de los públicos masivos. El problema reside en que las competencias políticas, tanto cognitivas como instrumentales, no están distribuídas igualitariamente en el público masivo. Contrariamente, esa distribución es muy desigual, originando en el extremo la propia distinción entre élites y masas o públicos masivos. A la vez, cuanto más bajas o deficientes son las competencias políticas adquiridas, menor es la tolerancia a la complejidad que caracteriza al sistema, y más intenso el anhelo de simplificaciones drásticas, o más acentuada la visión de un sistema ideal mucho más simple.

Admitiendo que por lo general la distribución de competencias políticas cognitivas es lo suficientemente desigual como para que el segmento del público masivo dotado de un alto grado de tolerancia a la complejidad constituya una fracción, bastante menor del público total, las premisas anteriores implican que en toda situación de multipartidismo acentuado se observará un sentimiento importante de hostilidad hacia ese multipartidismo, independientemente de

sus efectos sobre el desempeño gubernamental o del sistema de partidos en su conjunto. En otras palabras, no se requiere del inmovilismo gubernamental de fines de la Cuarta República francesa para que la hostilidad al multipartidismo predomine. Basta con que el sistema de partidos simplemente sea numeroso. Adicionalmente, hay que añadir que este tipo de hostilidad al multipartidismo, al originarse en condiciones estructurales y psicosociales más permanentes, es más duradero. Los factores situacionales o coyunturales la atenuarán o la reforzarán, pero su eliminación supondría una reformulación radical del sistema de partidos, en el sentido de una mucho mayor simplicidad.

En el caso chileno contemporáneo, ateniéndose a los datos recogidos en el Santiago metropolitano en 1985, la relación observada entre nivel de educación formal y número óptimo o ideal de partidos políticos para Chile es enteramente similar a la encontrada por Converse y Pierce en la Francia de 1967, según lo muestra el Cuadro III.

En términos universales, el pasaje por los niveles intermedios y superiores del sistema de educación formal implica la adquisición de competencias cognitivas, algunas específicamente políticas, y otras, mayoritarias, generalizables a la política. Ello explica la asociación

positiva, suficientemente confirmada por la investigación sobre públicos masivos en muy diversos países, entre educación formal e involucramiento en política, tanto subjetivo como objetivo. En el caso del fenómeno particular que ocupa aquí, esas competencias explican la actitud más positiva hacia el multipartidismo de los más educados, vía un mayor grado de tolerancia a la complejidad, de acuerdo a la interpretación antes ezbozada.

Si se comparan los resultados del Cuadro III con los exhibidos en el Cuadro II, salta a la vista que el efecto de la educación sobre la hostilidad al pluripartidismo es por lo menos equivalente, sino más pronunciado, que la acción de condiciones situacionales, peculiares del contexto autoritario, sobre esa misma hostilidad.

Ello exige reconsiderar la conjetura sobre la atenuación progresiva de esa hostilidad, en la medida en que se produzca una democratización de ese contexto.

Cuadro III

Niveles de Educación Formal

En su opinión, ¿cuántos partidos políticos debería haber en nuestro país?	Alta (13 o más años)	Media (9 a 12 años)	Baja (0 a 8 años)
Ninguno o uno	14.3 (23)	32.2 (77)	34.3 (61)
Dos partidos	22.4 (36)	29.3 (70)	41.0 (73)
Tres a cinco, o muchos	63.3 (102)	38.5 (92)	24.7 (44)
Total	100.0 (161)	100.0 (239)	100.0 (178)

NS/NR en pregunta sobre número de partidos = 22

La actitud negativa mayoritaria frente al multipartidismo que presenta para el total de los encuestados el Cuadro I tiene dos orígenes. Uno es la difusión de contenidos antipolíticos, y ello puede cambiar, y con una muy alta probabilidad cambiará, en el evento de una transición a la democracia. El otro reside en el predominio de un bajo grado de tolerancia a la complejidad, y si el único o principal determinante de ese bajo grado de tolerancia se identifica con la educación formal, entonces se está frente a una

condición estructural que difícilmente se modificará en virtud de un proceso de liberalización política y de una reinstauración de la competición interpartidista abierta.

La desigual distribución de competencias políticas específicas o generalizables a la política, provenientes del pasaje por los tramos intermedio y superior del sistema educacional, está determinada por la desigualdad de oportunidades de acceso a esos tramos, y esta última desigualdad no es aleatoria sino que refleja el sistema de estratificación social o de clases.

Por ello, la estratificación política de los públicos masivos según el tipo y calidad de las competencias cognitivas e instrumentales poseídas, en la medida que depende de la educación, se vincula a la naturaleza socioeconómica más profunda de la sociedad y es un rasgo que habría que ubicar en el dominio de las duraciones más largas.

Lo anterior torna problemática la idea de una democracia radical participativa -de una profundización democrática, en el lenguaje de un sector de la izquierda chilena-, en ausencia de modificaciones estructurales importantes, como bien lo ha señalado Carole Pateman(8). En la perspectiva más modesta de la cuestión que ocupa aquí, ese hecho torna

ilusoria la desaparición de la hostilidad al multipartidismo en Chile, en razón del puro evento de una transición a la democracia.

En la medida en que esa hostilidad es producto de un bajo grado de tolerancia a la complejidad, y ese bajo grado está determinado por las condiciones educacionales generales, cabe conjeturar la supervivencia, bajo condiciones democráticas, de un nivel importante de esa actitud negativa frente al pluripartidismo.

IV. LA HOSTILIDAD AL MULTIPARTIDISMO Y LA INTOLERANCIA A LA COMPLEJIDAD: EL EFECTO DE LA SOFISTICACION POLITICA

El pasaje por el sistema educacional puede entregar competencias políticas específicas. Típicamente, ello sucede con los cursos de instrucción cívica, con la enseñanza de ciertos contenidos de las ciencias sociales, o con actividades de difusión y divulgación de materias políticas.

Pero su efecto principal reside en proporcionar competencias relativamente inespecíficas, cuya calidad y variedad aumenta al pasar de un nivel a otro, que son generalizables a la política.

Por su parte, el involucramiento objetivo y subjetivo en política está determinado por la posesión de competencias específicamente políticas, cuyo aprendizaje si bien tiene como condición favorable el tránsito por los tramos educacionales intermedio y superior, principalmente se origina en experiencias ajenas al sistema educacional. Por ejemplo, mediante procesos de socialización política en la familia o en grupos de pares, a través del activismo político, por la participación en experiencias de acción y movilización coletivas, mediante la participación en organizaciones parapolíticas como las sindicales. En general, a través de una gran diversidad de experiencias con un significado político o parapolítico, vividas personalmente y colectivamente de distintas maneras.

El punto central que hay que destacar aquí es que la educación no es ni condición necesaria ni suficiente de ese aprendizaje político. Es sólo una condición favorable. En otras palabras, a medida que aumenta el nivel educacional alcanzado, mayor es la probabilidad de hacer ese aprendizaje, pero esa probabilidad si bien es más baja, también existe y es significativamente no nula en los grupos de baja educación.

Ello implica una situación mucho más flexible que la que

se obtendría si existiera una asociación perfecta entre educación y la calidad del aprendizaje político. En ese caso, el involucramiento en política, tanto objetivo como subjetivo, sería un monopolio estricto de los más educados, y los niveles observados de ese involucramiento simplemente reflejarían la operación de condiciones estructurales relativamente rígidas.

Como los orígenes del involucramiento en política son muy diversos e independientes del sistema educacional, sus niveles pueden variar dependiendo de circunstancias diferentes de las variaciones en la cobertura de los distintos tramos del sistema educacional.

Mirando al involucramiento en política en su dimensión subjetiva, la variedad y calidad de las competencias específicas que lo sustentan pueden resumirse o sintetizarse a través de un concepto: el de sofisticación política(9). Este concepto connota tres aspectos. Primero, un aspecto motivacional: la prominencia que la política tiene dentro del conjunto de intereses e inquietudes de la persona. Segundo, la cantidad y calidad de información sobre objetos políticos que la persona maneja. Tercero, capacidades de conceptualización política, tanto en términos de diferenciación conceptual -esto es, la habilidad para

identificar y discriminar entre las varias fuerzas y actores que protagonizan el proceso político-, como también en términos de integración conceptal: la habilidad para organizar ideas y asuntos políticos a partir de construcciones abstractas o ideológicas.

De esta manera, se es más sofisticado políticamente cuanto más prominente sea la política para la persona, cuanto más información políticamente relevante maneje y mejor sea la calidad de esa información, y cuanto mayor sea su capacidad de conceptualización política.

Recogiendo una argumentación ya hecha anteriormente, se puede hipotetizar que a mayor sofisticación política, mayor es la tolerancia a la complejidad. Por consiguiente, en aquellos segmentos del público masivo caracterizados por niveles más bajos de sofisticación política, la hostilidad al pluripartidismo tendría que presentarse de manera más acentuada.

El cuestionario aplicado en el Santiago metropolitano en 1985 contiene una pregunta que permite construir un indicador del nivel de sofisticación política poseído por el entrevistado. En efecto, se pidió a cada encuestado que atribuyera cuatro orientaciones de política o programáticas a

la derecha, al centro o a la izquierda, consideradas como tendencias políticas generales, tomando en cuenta cuál de ellas el encuestado pensaba que estaba más a favor de cada una de las orientaciones programáticas que se indicaban. A partir de la sabiduría política convencional, tal como se la maneja por los políticos profesionales y los "conocedores" de la política, se pueden codificar las respuestas como acertadas o erróneas y clasificar a los encuestados en dos categorías: una que comprende a quienes dieron cuatro respuestas acertadas, y otra que incluye a quines respondieron erróneamente por lo menos una vez(10).

Se trata de una pregunta exigente. La solución correcta del problema que se plantea al encuestado supone que esté familiarizado con una construcción ideológica relativamente abstracta -como es la metáfora espacial de derecha, centro e izquierda-, que a la vez pueda discriminar entre distintas orientaciones programáticas y relacionarlas con esa metáfora, y que posea información suficiente sobre cuáles son las atribuciones estimadas correctas desde el punto de vista de la sabiduría política convencional de las élites. Por estas razones, se presume que la primera categoría clasificatoria mencionada comprende personas cuya sofisticación política es alta, y la segunda a personas de baja sofisticación política. Esta dicotomía, construída de

la manera indicada, es la que se utiliza en el Cuadro IV.

Cuadro IV

Niveles de Sofisticación Política

	Alta Sofisticación	Baja Sofisticación
En su opinión, ¿cuántos partidos políticos debería haber en nuestro país?		
Ninguno o uno	14.2 (30)	35.7 (131)
Dos partidos	26.1 (55)	33.8 (124)
Tres a cinco, o muchos	59.7 (126)	30.5 (112)
Total	100.0 (211)	100.0 (367)

NS/NR en pregunta sobre número de partidos = 22

Los resultados exhibidos en ese cuadro confirman la existencia de una relación entre sofisticación política y hostilidad al multipartidismo, análoga a la observada entre educación formal y esa misma actitud. Obviamente, lo crucial es aquí la pregunta por la relación existente entre sofisticación política y educación, y cómo ello puede afectar a esos resultados.

Hay una relación entre ambas variables: en el grupo de

alta educación el 60% se caracteriza por una sofisticación política alta, proporción que disminuye a un 37% en el grupo de educación media, y a un 17% en el de baja educación(11).

Ello torna aún más interesantes los resultados presentados en el Cuadro V. Tanto la sofisticación política como la educación formal producen efectos sobre la hostilidad al multipartidismo, en ambos casos en el sentido esperado y de órdenes de magnitud equivalentes. El Gráfico 1, que es sólo otra manera de presentar los resultados de ese cuadro, hace patente a simple vista este hecho.

La intolerancia a la complejidad tiene por consiguiente dos orígenes. El primero es el efecto de la educación formal, que está anclado en condiciones estructurales relativamente rígidas, no susceptibles de mutaciones en razón de cambios políticos como los que suponen los procesos de democratización. El segundo radica en el efecto de la sofisticación política, una variable que si bien encuentra en la educación formal condiciones favorables para alcanzar valores más altos, tiene al mismo tiempo una multiplicidad de determinantes cuya acción se despliega según modalidades mucho más flexibles y en términos de duraciones igualmente variables.

Cuadro V

Porcentaje que favorece el pluripartidismo (tres a cinco o muchos partidos) según niveles de Educación Formal y de Sofisticación Política*

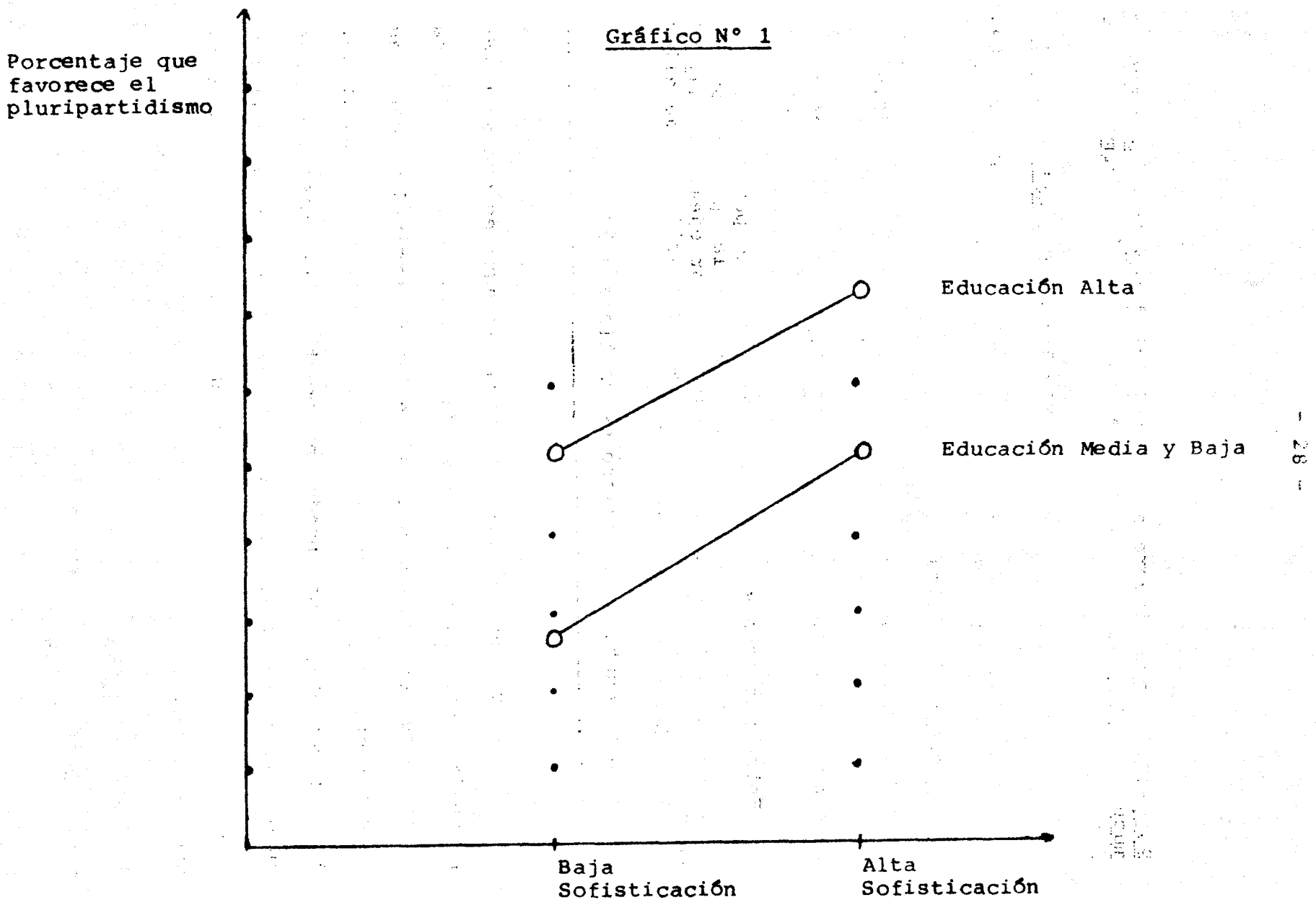
	Niveles de Educación Formal	
	Alta (13 o más años)	Media y Baja (0 a 12 años)
Sofisticación Política		
Alta Sofisticación	72.3 (94)	49.6 (117)
Baja Sofisticación	50.7 (67)	26.0 (300)

(*) Entre paréntesis, se indica el número de personas en la condición respectiva. El porcentaje es la proporción de ellas que favorece el pluripartidismo. Por ejemplo, hay 94 personas con alta educación y alta sofisticación, y de ellas el 72.3% favorece el pluripartidismo.

NS/NR en pregunta sobre número de partidos = 22.

El aspecto central que cabe recalcar aquí es que se puede presumir que los niveles de sofisticación política observables en un momento dado están determinados por las características globales del contexto político. Específicamente, se puede argumentar que mientras más autoritario (o menos democrático) sea el contexto político global, menores serán los niveles de sofisticación política que se obtengan.

Gráfico N° 1


Porcentaje que favorece el pluripartidismo
Educación Alta
Educación Media y Baja
Baja Sofisticación
Alta Sofisticación

La sofisticación política se adquiere involucrándose de alguna manera en política, tal como sólo se puede aprender a nadar arrojándose al agua. La probabilidad de adquirirla depende entonces de cuán rico sea el medio ambiente político en oportunidades para tener experiencias políticas y en estímulos o incentivos para aprovechar esas oportunidades.

En un contexto autoritario como el chileno, la estructura de oportunidades para hacer experiencias en política es muy limitada, y adicionalmente gran parte de esas oportunidades encierran riesgos claros, frecuentemente no despreciables, que en vez de estimular el aprovechamiento de esas oportunidades lo desincentivan. Uno de los efectos que puede traer consigo un proceso de democratización es una ampliación considerable de las oportunidades de hacer experiencias políticas y una eliminación o atenuación importante de los riesgos asociados a las experiencias políticas. Si la modalidad de transición que en definitiva se obtenga tiene ese efecto, los niveles de sofisticación política del público masivo podrían aumentar en plazos breves, reduciéndose entonces la intolerancia a la complejidad, y vía esa reducción atenuándose la hostilidad al multipartidismo.

Una última observación que cabe hacer es que esa

determinación de los niveles de sofisticación política prevalecientes por las características globales del contexto político no implica que los efectos de esa variable se confundan con los producidos por factores situacionales.

Los resultados presentados en el Cuadro VI, y resumidos gráficamente en el Gráfico 2, muestran que ello es así. Hay un efecto situacional sobre la hostilidad al multipartidismo, que de acuerdo a la interpretación empleada responde a la aceptación e internalización del discurso autoritario, mediada por la relación positiva o negativa establecida con el régimen autoritario. A la vez, hay un efecto distinto de la sofisticación política: para cada categoría de posiciones políticas, los más sofisticados favorecen en mayor proporción el multipartidismo. La única acotación que convendría hacer es la de que se podría pensar en la existencia de una leve interacción entre ambas variables, a la que no sería difícil dar un significado sustantivo.

Cuadro VI

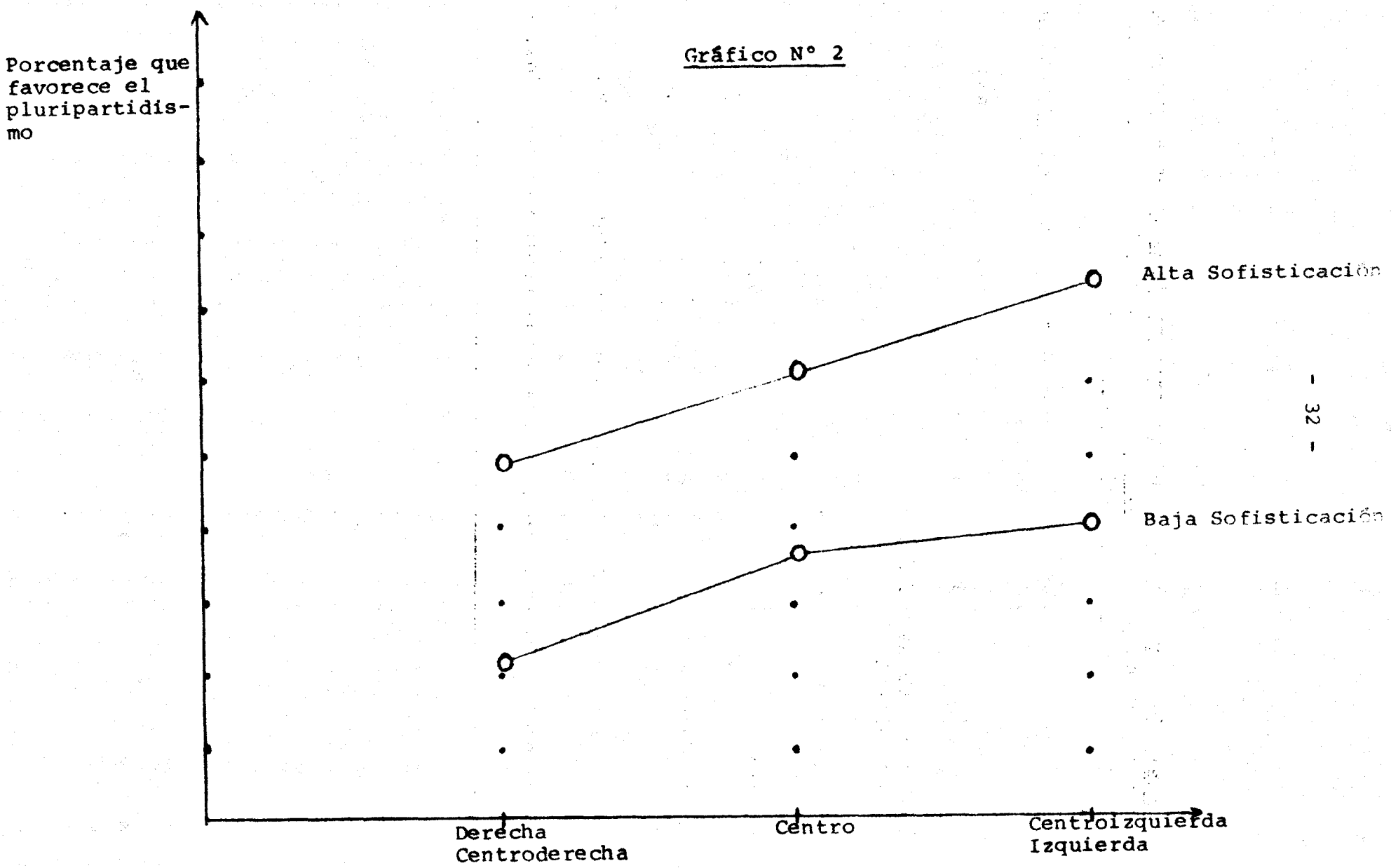
Porcentaje que favorece el pluripartidismo (tres a cinco o muchos partidos) según ubicación en termómetro de Izquierda-Derecha y niveles de Sofisticación Política*

	Niveles de Sofisticación Política	
	Alta	Baja
Ubicación en termómetro de Izquierda-Derecha		
Izquierda-Centroizquierda (1-49)	68.1 (94)	40.7 (86)
Centro (50)	59.7 (62)	36.6 (112)
Centroderecha-Derecha (51-100)	49.0 (51)	22.5 (129)

* La interpretación de este Cuadro es idéntica a la del Cuadro IV.

NS/NR en termómetro, en pregunta sobre número de partidos, o en ambos = 66.

Gráfico N° 2


Porcentaje que favorece el pluripartidismo
Alta Sofisticación
Baja Sofisticación
Derecha
Centroderecha
Centro
Centroizquierda
Izquierda

V. CONCLUSION

De acuerdo a los datos utilizados en los análisis precedentes, en el público masivo chileno contemporáneo parece prevalecer una actitud de hostilidad hacia el multipartidismo o pluripartidismo.

La magnitud de esa actitud negativa contrasta con el carácter acentuadamente multipartidista del sistema de partidos, tanto en el pasado como en el presente, y previsiblemente en el futuro. Se genera así una falta de correspondencia o desajuste entre las orientaciones predominantes en el público masivo y la naturaleza específica de una institución democrática como lo es el sistema de partidos.

Mientras perduren las condiciones autoritarias actuales es difícil atribuir efectos políticos relevantes a esa falta de correspondencia. No obstante, proyectada hacia un futuro democrático, donde presumiblemente el carácter fuertemente pluripartidista del sistema se mantendrá, ella debería ser motivo de inquietud.

Asociada al bajo prestigio que afecta a los partidos y a la profesión política, y en condiciones restrictivas que

auguran un pobre desempeño gubernamental en áreas tan sensibles como el empleo y la redistribución, la hostilidad al multipartidismo constituye un potencial antidemocrático disponible para ser movilizado en función de estrategias de desestabilización y restauración autoritaria. De allí entonces la importancia de preguntar por los determinantes de esta actitud, de modo de establecer por lo menos algunas conjeturas sobre su estabilidad o sus posibilidades de cambio en el sentido de una mayor correspondencia entre orientaciones subjetivas masivas y el carácter del sistema de partidos.

En términos de los análisis efectuados y las interpretaciones sugeridas, se han identificado tres orígenes distintos de esa actitud. El primero reside en la aceptación e internalización de contenidos antipolíticos difundidos sistemáticamente por el autoritarismo, mediadas por el tipo de relación que se establece con el régimen autoritario: positiva o negativa. El segundo radica en un rechazo a la complejidad que implica el multipartidismo causado por una baja sofisticación política. Finalmente, también contribuye a rechazar la complejidad la baja educación formal.

En el caso del efecto producido por el discurso autoritario, cabe suponer que un proceso de democratización

del contexto político puede traer consigo condiciones que eliminen o atenuen considerablemente ese impacto. Igualmente, dependiendo de las características de la transición, la democratización del contexto político puede elevar los niveles de sofisticación política, introduciendo un grado más alto de tolerancia a la complejidad y como consecuencia modificando la actitud frente al multipartidismo.

No obstante, se puede afirmar casi con certeza que en la medida que esa actitud es producida por las condiciones educacionales generales, perdurará una hostilidad no desdeñable al multipartidismo. A ello hay que unir el hecho que, por lo que se conoce en general sobre la distribución de la sofisticación política en públicos masivos, el posible aumento de los niveles de sofisticación tiene límites claros.

Se puede conjeturar entonces que parte importante de la hostilidad al multipartidismo se proyectará al futuro. El problema reside en cuál será la magnitud de esa hostilidad, y ello depende o bien de circunstancias favorables que mecánicamente hagan operar las tendencias que atenúan esa hostilidad de la manera más plena posible, o de la presencia de actores lo suficientemente inteligentes como para empujar y reforzar esas tendencias, llevándolas hasta el límite.

Finalmente, cabe destacar que los efectos de la educación formal y de la sofisticación política sobre la hostilidad al multipartidismo dan también cuenta de la aparente paradoja consistente en un predominio de orientaciones masivas que sustentan esa hostilidad, que coexiste con un sistema de partidos acentuadamente multipartidista.

En efecto, la preferencia por el multipartidismo tiende a ser alta entre los más educados y los más sofisticados políticamente, y si bien ambos grupos son numéricamente minoritarios, sus niveles de involucramiento político son comparativamente de los más altos. Por consiguiente, la visibilidad de estos grupos y sus actitudes para las élites es considerablemente más alta que la visibilidad de los menos educados y menos sofisticados. Se podría decir que estos dos grupos relegan a los restantes a la penumbra. Como consecuencia, la probabilidad de que el antimultipartidismo se convierta en una demanda masivamente apoyada, o en una oferta efectiva hecha por uno o más partidos, es muy baja.

Por lo general, sólo quien busca realizar intereses plenamente contradictorios con los intereses compartidos por la mayoría de las élites, está dotado de sensibilidad para bucear en pos de las insatisfacciones propias de ese mundo poco visible, menos educado y menos sofisticado.

NOTAS

(1) Sobre las características de esta encuesta, véase A.Flisfisch, Consenso democrático en el Chile autoritario, Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Santiago de Chile, Número 330, marzo 1987.

(2) P.E. Converse y R. Pierce, Political Representation in France, The Belknap Press of Harvard University Press, 1986.

(3) P.E. Converse y R.Pierce, ob.cit., pág. 56.

(4) P.E. Converse y R.Pierce, ob.cit., pág. 56.

(5) P.E. Converse y R.Pierce, ob.cit., pág. 56.

(6) P.E. Converse y R.Pierce, ob.cit., pág. 57.

(7) P.E. Converse y R.Pierce, ob.cit., pág. 57.

(8) Carole Pateman, The Civic Culture: A Philosophic Critique, en The Civic Culture Revisited, G.A. Almond y S.Verba editores, Little, Brown and Co., 1980.

(9) Sobre el concepto de sofisticación política, véase W.Russell Neuman, The Paradox of Mass Politics, Harvard University Press, 1986.

(10) Sobre la construcción de esta variable, véase A.Flisfisch, Consenso democrático en el Chile autoritario, ob.cit.

(11) Véase A.Flisfisch, ob.cit., Cuadro XVI en pág.45.